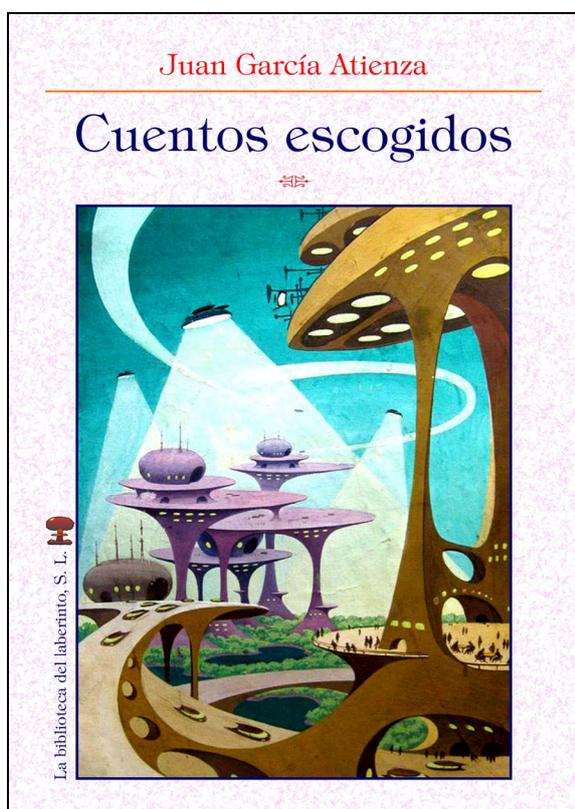


Juan García Atienza, *Cuentos escogidos*



Juan Manuel Santiago

© Juan Manuel Santiago, 2019



Juan García Atienza

Cuentos escogidos

Selección, introducción y notas de Mikel Peregrina Castaños

Miraflores de la Sierra: La Biblioteca del Laberinto, col. Delirio, núm. 119, 2018.

304 págs.

«Balada por la luz perdida» era una de las historias que más te enganchaban de la fenomenal *Lo mejor de la ciencia ficción española*, seleccionada por Domingo Santos para la colección Super Ficción de Martínez Roca en 1982 y reeditada en la mítica Biblioteca de Ciencia Ficción de Orbis en 1986. Para mí,

que apenas era un recién llegado al género y solo sabía de *Nueva Dimensión* por los ejemplares que saldaban en los Vips o en la cuesta de Moyano, aquella antología supuso la toma de contacto ideal con el género *made in Spain*. Fue, en cierto modo, premonitoria, ya que apenas un año después conocí en persona a dos de los participantes en ella, Ignacio Romeo y Carlos Saiz Cidoncha, en las tertulias de la asociación Antares, que fue el gozne entre la SECF de los años de las primeras hispacones y la AEFCF del boom de los años noventa. Con el tiempo conocí a otros de los participantes, pero ya estaban desprovistos de la aureola mítica que les concedía el haber participado en un pedazo viviente de la historia de la CF española, algo que se me antojaba la recopilación definitiva de una hipotética (y tal vez inexistente) Edad de Oro, escrita por unos Grandes Antiguos en unos tiempos tan inmemoriales que luego, si uno se paraba a pensarlo, no eran tan inmemoriales; de hecho, apenas eran cuatro o cinco años. Tratábamos la mítica etapa de *Nueva Dimensión* como si fuera un recuerdo perdido en las brumas del tiempo, cuando lo cierto era que su cierre estaba tan reciente que, de hecho, siempre hubo continuidad entre la publicación de Dronte y los sumarios de los fanzines de los años ochenta: estaban los que eran (la cosa no daba para más) y la media docena de adolescentes que pasábamos por ahí compensó a la media docena de frikis quemados por la implosión de *Nueva Dimensión* que se desentendieron del fandom para siempre.

Si se fijan, he cargado mucho las tintas insistiendo en los conceptos «mítico» o «inmemorial», e incluso en referencias lovecraftia-

Juan García Atienza: *Cuentos escogidos*

nas (los Grandes Antiguos), no solo porque pienso en los términos en que lo hacía un adolescente impresionable que, en tiempos de sequía de revistas y referentes, accedía por primera vez a cierta ciencia ficción española, sino también por introducir los ejes argumentales del cuento de Juan García Atienza. Quien más, quien menos, y de esto yo sabía algo, pues era consumidor más o menos habitual de la colección Fontana Fantástica de Martínez Roca (en concreto, de cosas en plan *El poder mágico de las pirámides* y similares), García Atienza era un autor conocido por sus guías de la España mágica y mítica, tal vez no al nivel de repercusión mediática del *Gárgoris y Habidis* de Fernando Sánchez Dragó o los *Caballo de Troya* de Juan José Benítez, pero sí en la primera línea de popularidad de la temática que transitaba la delgada línea entre género fantástico y esoterismo. Atienza figuraba en el apartado de Grandes Nombres En Lo Suyo, junto con José Luis Garci o Luis Eduardo Aute, que, si carecías de bagaje previo en el género, no te esperabas encontrar en una antología de ciencia ficción, y mucho menos con ese definitivo «lo mejor de» antepuesto al título. Pero, y esto era lo mejor, lo hacía con un relato que, cierto, tenía mucho del Atienza ya conocido para el gran público, el divulgador de esa España profunda y mágica, a medio camino entre el realismo fantástico y la cachava y boina, entre Von Däniken y Cunqueiro, pero que al mismo tiempo era una historia de ciencia ficción, fantasía y terror en el sentido canónico de los términos, algo con lo que un friki no solo se podía sentir identificado, sino que, además,

establecía una conexión: estábamos hablando en el mismo código. Inteligencias extraterrestres, narradas en clave de ciencia ficción. Una cosmogonía inequívocamente lovecraftiana, en una onda similar a la que empleaba Gabriel Bermúdez Castillo en «La piel del infinito», que leí en aquella misma época, pero también a la manera en que hoy en día la abordarían el José Ángel Somoza de *La llave del abismo* o el Albert Sánchez Piñol de *La pell freda*. Una variedad de registros increíble, que era lo que me gustaba de esos John Brunner que editaba Acervo. La sensación, en suma, de una obra redonda, sin duda uno de los apenas seis o siete relatos punteros de una antología ya de por sí puntera. Una obra valiente, magníficamente escrita, ambiciosa y satisfactoria, que me cautivó al instante. Después leí, en el texto biográfico redactado por Domingo Santos, que Atienza tenía formación audiovisual (cabía la posibilidad de que hubiera visto *Los paladines* en la televisión), y todo encajó, ya que el relato (novela corta, en realidad) poseía ese aire a lo documental realizado a partir de una de sus guías de la España mágica, algo cuyo referente más claro por aquel entonces sería *La puerta del misterio* de Fernando Jiménez del Oso, hoy en día el *Cuarto Milenio* de Íker Jiménez y en todo momento la revista *Más Allá*. Qué no habría dado el yo de aquel entonces por ver cómo se impartía algo parecido a la justicia poética veintitantos años después, y esos premios Minotauro concedidos a Clara Tahoces o Fernando J. López del Oso iban a parar a alguien con el talento, el oficio, el conocimiento de causa y el amor al género de Juan García Atienza. Habría sido justicia poética, sí, pero también una paradoja, la del autor formado en las publicaciones de un género que abandonó porque en realidad no había ya nada que rascar, y que habría vuelto a los orígenes en forma de cuadratura del círculo, de regreso al género, premiado y reconocido al fin. Pero nada de eso sucedió, y la obra del Atienza divulgador de la España oculta siguió

Quien más, quien menos,
García Atienza era un autor
conocido por sus guías de
la España mágica y mítica.

Juan García Atienza: *Cuentos escogidos*

en paralelo a la del Atienza director y guionista televisivo y cinematográfico y, ay, la del Atienza efímero escritor de ciencia ficción...

¡Un momento! ¿Efímero, he dicho? Eso daba a entender Domingo Santos en la entradilla de «Balada por la luz perdida». Y, sin embargo, Mikel Peregrina Castaños, en el abrumador y documentadísimo estudio preliminar que abre esta recopilación, nos cuenta otra historia. La del Juan García Atienza autor de medio centenar de relatos de ciencia ficción, fantasía y terror que abarcan un lapso de diez años y un abanico relativamente escaso de publicaciones pero lo suficientemente amplio si se conoce el contexto de la ciencia ficción española de la época. Atienza publicó en el seminal fanzine *Cuenta Atrás*, en la revista *Nueva Dimensión* (y su ensayo general, *Anticipación*) y en su digamos rival *Zikkurath 2000*, en la colección *Nebulae Primera Época* (atesoro en casa una edición de *Los viajeros de las gafas azules* que me agenció en la cuenta de Moyano, seguramente por recomendación de Alfredo Lara) y en las *Antologías de novelas de anticipación* de Acervo, en revistas *mainstream* como *La Estafeta Literaria* y *Revista de Occidente* y en antologías hoy olvidadas pero decisivas en su momento como la editada por Miguel Castellote. En suma, Juan García Atienza fue, durante un decenio, uno de los nombres omnipresentes de la ciencia ficción española, y además compatibilizó su condición de animador del incipiente fandom de las primeras hispacones y de los primeros años de *Nueva Dimensión* con la de guionista televisivo (sorprende, y no sorprende, la cantidad de relatos presentes en esta antología que, de acuerdo con Peregrina, se reescribieron más tarde en clave de guiones que luego no fructificaron) y cronista oficial de una España mágica que se nos había escatimado.

Como sucede con buena parte de la ciencia ficción española de los años sesenta y setenta, resulta indispensable comprender el contexto sociopolítico, saber de dónde sale el autor (hijo de librero valenciano, con acceso no solo a

literatura prohibida sino también a una gama ecléctica de textos), cuáles han sido sus estudios (Filología Románica y cine) y cuál su trayectoria profesional (crítico cinematográfico, director, guionista, conductor de informativos televisivos y autor de la serie *Los paladines*, que lo llevó al terreno del folclorismo). Solo así podremos comprender la importancia de la obra de García Atienza, no solo en términos absolutos (media docena de los dieciséis relatos aquí presentes podrían formar parte de un hipotético canon del género en España), sino también relativos (en cierto modo, y junto con firmas hoy incuestionables como Carlos Buiza, Carlo Frabetti, José Luis Garci, Narciso Ibáñez Serrador o Juan José Plans, inauguró ese flujo bidireccional que lleva de la narrativa fantástica al audiovisual en clave fantástica, y viceversa). El Atienza de estos relatos tiene ya el estilo depurado que mostrará en sus ensayos sobre la España mágica, pero se permite experimentos literarios como solo puede uno permitírselos cuando publica en fanzines, revistas y antologías de tiradas relativamente escasas, cuando se mueve en medios marginales. La libertad y la osadía que da el saberse «en casa», en confianza, leído por acaso cincuenta veces menos lectores que los de los títulos de Fontana Fantástica de

La obra del Atienza divulgador de la España oculta siguió en paralelo a la del Atienza director y guionista televisivo y cinematográfico y, ay, la del Atienza efímero escritor de ciencia ficción...

Juan García Atienza: *Cuentos escogidos*

Martínez Roca, conocido por mil veces menos espectadores que los que presenciaron las emisiones de *Los paladines*, llevan a Atienza a adentrarse en los vericuetos de la Nueva Ola, a incurrir en la crítica muy poco velada al tardofranquismo, a cultivar distopías y sátiras, a convertirse en uno de los cultivadores más concienciados y concienzudos de los géneros proyectivos y prospectivos.

En efecto, la especulación de Atienza es literatura prospectiva en el sentido que le damos hoy en día al término. El autor escribía (y bien) sobre el poder performativo de la publicidad en un momento en el que nadie hacía eso en la ciencia ficción española del fandom, o al menos no con el rigor con que él lo hacía; en ese aspecto, era nuestro Frederik Pohl. Parfraseando el título de su trilogía de relatos cortos que cierra el volumen, Atienza nos presenta mitos de toda la vida (siempre a vueltas con los mitos en esta reseña y en la obra del autor) en odres nuevos; véase como ejemplo «Sabor de nada» y su inteligente vuelta de tuerca sobre un vampirismo que nunca menciona de manera explícita pero que todo lector sabe que es vampirismo; un poco, por cierto, a la manera de los continuos juegos de sobrentendidos con que la ciencia ficción de la época trataba de salvar la censura franquista, ese «yo no digo nada, pero dicho está» que hace que siempre haya que releer entre líneas toda la ciencia ficción española de los primeros años de *Nueva Dimensión*. Baste otro ejemplo: el bolso de boa que protagoniza «Voraz» nos puede valer como metáfora de la paternidad frustrada (como bien indica Peregrina en la introducción), pero también es, en cierto modo, una historia que versa sobre relaciones tóxicas, vampíricas incluso, de darlo todo y no recibir nada a cambio; el final macabro, muy en la onda de las *Historias para no dormir* (no en vano, escribió un guion televisivo que no llegó a rodarse), no deja de ser el típico golpe de efecto del cuento fantástico de la época (de manera análoga a las explicaciones finales, estas en clave de ciencia ficción, de «El gran dios voz» o «Depar-

tamento de relaciones exteriores»), pero apenas nos oculta la carga social de profundidad, satírica incluso, que impregna el relato.

¿Qué balance cabe hacer de todo esto? Desde luego, un balance muy positivo desde el punto de vista literario, e incalculable desde el del coleccionista de ciencia ficción española.

Pero Atienza es capaz también de ofrecer relatos de ciencia ficción pura y dura; léase «Muy arriba, muy adentro», y su juego casi de espejos entre el espacio exterior, casi a lo Arthur C. Clarke, y el espacio interior del astronauta protagonista, casi a lo J. G. Ballard. Todo lo que tiene de New Wave este relato, podría tenerlo «La máquina de matar» de greenpunk postapocalíptico, y en ese punto cabe leerlo como un ilustre precedente de lo que, si nos vamos a la vertiente distópica, escribió Emilio Bueso en *Cenital* y, si nos vamos a la utópica, se presenta en la reciente antología temática *Actos de F.E.* Y, si retomamos la comparación con Frederik Pohl, la sociedad venusina de «Kuklos» es un contrapunto más distópico aún que el planteado por el escritor estadounidense (junto con C. M. Kornbluth) en el tramo final de *Mercaderes del espacio*; resulta realmente sorprendente que pasara la censura de la época. Con todo, uno de los relatos más estremecedores de Atienza en este ámbito temático es sin duda «Limpio, sano y justiciero», una demoledora historia (de 1966, nada menos) que se plantea hasta qué punto se puede mercantilizar la muerte, cómo se puede convertir en *reality show* (cierto es que

Juan García Atienza: *Cuentos escogidos*

avant-la-lettre) una ejecución, y cómo se adoc-trina a la sociedad para aceptarlo como la norma y marginar a quien no participa del linchamiento masivo. El otro, sin duda, es «Las tablas de la ley», en el que la eugenesia se conjuga con cierta trama entre policíaca, pasional y, como apunta Peregrina, el landismo cinematográfico.

¿Qué balance cabe hacer de todo esto? Desde luego, un balance muy positivo desde el punto de vista literario, e incalculable desde el del coleccionista de ciencia ficción española, pero ¿desde el personal? El caso es que Atienza abandonó el género demasiado pronto, seguramente porque había invertido demasiado tiempo y demasiados esfuerzos en algo que le ilusionaba pero que no le daba de comer; en resumen, por la eterna maldición del friki que acaba dedicándose a otra cosa. No obstante, no cabe la menor duda, a la vista de lo leído en esta recopilación, de que dominaba los resortes narrativos con un nivel de virtuosismo que entonces no se estilaba entre el común de los escritores de ciencia ficción, pero, al mismo tiempo, lo hacía con un notable conocimiento de causa, con un abanico temático que nos hablaba de un autor muy leído y notablemente al día de lo que se editaba tanto fuera como dentro de nuestras fronteras. Atienza estaba en el ajo y, de no haber sido por ese monumental y diría que canónico relato «Balada por la luz perdida», a buen seguro habría acabado de todos modos en el sumario de *Lo mejor de la ciencia ficción española*, pues Domingo Santos le habría incluido algún otro buen relato; probablemente, «Limpio, sano y justiciero», o tal vez «Kuklos», o acaso «La máquina de matar». En todo caso, Juan García Atienza estuvo tal vez un puntito por encima de la media de calidad que se estilaba en la época, y resultaba casi sangrante que nadie hubiese recopilado sus relatos fantásticos en vida; en una vida dilatada, además, ochenta años, los que median entre el 18 de julio de 1930 y el 16 de junio de 2011. La muerte en los albores de esta década le escatimó un reconocimiento que llega tarde,

pero al menos llega, cosa que no pueden decir otros ilustres autores más que meritorios de la ciencia ficción española que se quedaron sin ver en vida una recopilación ordenada y crítica de sus mejores historias, como Alfonso Álvarez Villar, Eduardo Haro Ibars, Juan Carlos Planelles o Juan José Plans; cosa que no querríamos tener que lamentar en algunos casos en los que sí estamos a tiempo, por ejemplo, Carlos Buiza, Jaime Rosal del Castillo y Luis Vigil¹. Gracias, entre otras cosas, a la tesis doctoral de Mikel Peregrina sobre *Nueva Dimensión*, pero también a los trabajos de Alfonso Merelo o Fernando Ángel Moreno y, cómo no, a las líneas editoriales de *Hélice* y La Biblioteca del Laberinto de Paco Arellano, resulta inevitable hacerse ilusiones y pensar que tal vez, solo tal vez, podamos ver algún día otras antologías tan meritorias, bien seleccionadas y mejor editadas (mención aparte merecen las notas comparativas entre versiones de cuentos reeditados en diferentes publicaciones: todo ello nos habla de una auténtica edición crítica) como estos *Cuentos escogidos* de Juan García Atienza, que nos ayuden a cartografiar el momento formativo fundamental de un género que no anda sobrado de buenos estudios como el que comentamos, pero que los necesita a carta cabal. La Biblioteca del Laberinto y Mikel Peregrina han rescatado lo mejor de la obra fantástica breve de Juan García Atienza, y esa es una magnífica noticia para los lectores y estudiosos del género. Sería una mejor noticia que este empeño tuviera continuaciones, no necesariamente con los autores que menciono unas líneas más arriba, aunque, desde luego, serían un buen principio.

¹ Véase, al respecto, el encuentro, conducido por Mariano Villarreal, que Luis Vigil mantuvo con Óscar Domingo, Miquel Barceló, Alejo Cuervo, el propio Villarreal y un servidor el pasado 18 de enero de 2019 en la librería Giga-mesh de Barcelona. <https://www.youtube.com/watch?v=3n5A420ITzY&t=5995s>